

La idea de soberanía*

Bárbara Díaz

Desarrollo histórico de la idea de ciudadanía

La reflexión política nació en Grecia al compás de la institución de la ciudadanía, y se desarrolló más adelante en Roma. Era el ciudadano, el *polités* griego o el *civis* romano -a diferencia del súbdito de los viejos imperios- el hombre libre, que encontraba en el espacio público, en el ágora, en el foro, el ámbito adecuado para una vida lograda. El espacio público era, para el ciudadano griego, el lugar donde el hombre, con su palabra y su acción, vivía una vida auténticamente humana, y encontraba la felicidad, la vida buena.

En el siglo XVIII, la mentalidad moderna introdujo cambios sustanciales a este modo de pensar. A fin de evitar el disenso en el espacio público y lograr la homogeneización de los súbditos, se relegó al ámbito privado todo aquello que pudiera ser causa de conflicto, a saber, lo religioso y lo moral. Así, aquellos asuntos trascendentes para el hombre, referentes a su origen, a su destino, a cómo vivir una vida auténticamente humana, quedaron excluidos del diálogo público.

Con el afán de eliminar ciertas escandalosas desigualdades, la Ilustración elaboró una idea abstracta de ciudadanía, para la que enumeró una serie de derechos, también abstractos. Esos ciudadanos eran teóricamente iguales unos a otros y, por lo tanto, esencialmente intercambiables. Privados de ofrecer algo propio a la construcción del bien común, esos individuos se dedicaron a cultivar sus propios intereses, dejando a la institución estatal el cuidado de gestionar la vida pública y dieron paso, así, al llamado “Estado de bienestar”.

* La siguiente es una versión ampliada de la ponencia presentada en el Congreso “Hacia el Centenario del Beato Josemaría Escrivá”, Universidad Austral, Buenos Aires, 2001.

Esta situación de pasividad ciudadana, anunciada por Tocqueville¹ hace más de un siglo y medio, se contempla hoy como un inmenso riesgo para la convivencia. Desde diversas corrientes de filosofía política se procura hoy, pues, reivindicar ese espacio público que, al decir de Hanna Arendt, “significa el propio mundo, en cuanto es común a todos nosotros y diferenciado de nuestro lugar poseído privadamente en él”, un mundo que “está relacionado con los objetos fabricados por las manos del hombre, así como con los asuntos de quienes habitan juntos en el mundo hecho por el hombre”².

Reivindicar el espacio público significa, pues, volver a valorar lo común, lo que une, aquello que los griegos denominaban *koinonía*, el lugar donde el hombre podía vivir una vida auténticamente humana, una vida feliz. Significa también, ser conscientes de la existencia de un *bonum commune* del que toda la ciudad disfruta, pero que también todos los ciudadanos contribuyen a crear.

La temática de la ciudadanía en los textos de Josemaría Escrivá

Josemaría Escrivá, al abordar esta temática, lo hace desde una perspectiva de fe -sus consideraciones “*por fuerza han de ser sacerdotales*”³, escribe- pero, como veremos, su prédica y sus consejos lo muestran, ante aquellos para quienes “la calle” -el mundo- es lugar de su encuentro con Dios, a la vanguardia de estas corrientes del pensamiento político contemporáneo.

Analizando los textos más conocidos del Fundador del Opus Dei, encontramos múltiples referencias a estas cuestiones. Es significativo, en este sentido, que un libro de espiritualidad como *Surco* tenga, precisamente, un capítulo titulado “Ciudadanía”. *Camino y Forja* contienen, asimismo, bastantes puntos específicamente dedicados a este tema. Otro texto especialmente ilustrativo es el de la homilía “Amar al mundo apasionadamente”, pronunciada en el “campus” de la Universidad de Navarra en 1967. Así se dirigía a los universitarios y amigos de esa Universidad, exhortándolos a vivir su responsabilidad ciudadana: “*Interpretad pues mis palabras como lo que son: una llamada a que ejerzáis -ia diario!, no sólo en situaciones de emergencia- vuestros derechos, y a que cumpláis noblemente vuestras obligaciones como ciudadanos -en la vida política, en la vida*

¹ TOCQUEVILLE, Alexis de, *La Democracia en América*, 1, Alianza Editorial, Madrid, 1980, p. 81-92.

² ARENDT, Hanna, *La condición humana*, Paidós, Barcelona, 1996, p. 61-62.

³ *Surco*, Prólogo del autor.

económica, en la vida universitaria, en la vida profesional-, asumiendo con valentía todas las consecuencias de vuestras decisiones libres, cargando con la independencia personal que os corresponde. Y esta cristiana mentalidad laical os permitirá huir de toda intolerancia, de todo fanatismo -lo diré de un modo positivo-, os hará convivir en paz con todos vuestros conciudadanos, y fomentar también la convivencia en los diversos órdenes de la vida social”⁴.

Leyendo éste y otros textos, salta a la vista el empeño de Josemaría Escrivá, por utilizar precisamente este vocablo, “ciudadano”, y no otro. Surge, pues, inmediata la pregunta: ¿por qué esta insistencia en señalar a los cristianos ese carácter de “*ciudadanos iguales a los demás*”⁵?

Creo que con esta palabra, el autor quiere especialmente significar el hecho de que el hombre y, particularmente, el cristiano que quiere ser santo, está inmerso en unas peculiares circunstancias, es un ser situado, que nació en un determinado lugar, habla una determinada lengua, es parte de una cultura, tiene una patria en la que desarrolla su vida familiar, laboral y social. Frente a la abstracción impuesta por la mentalidad ilustrada, Escrivá piensa en el hombre concreto, con nombre y apellido, no en un individuo más, intercambiable, de una masa anónima. El ciudadano es ese individuo singular, que tiene un algo que comunicar y un algo que dar en ese espacio público al que pertenece por derecho propio.

He aquí, pienso, la resonancia clásica de su pensamiento y, a la vez, el punto en que sus ideas se adelantan a lo que algunos pensadores políticos contemporáneos vienen a subrayar: la vuelta a la idea de *koinonía*, de espacio común en el que se comparten bienes, los bienes que, justamente, cada uno es capaz de entregar a los demás como don. Un eco del pensamiento ilustrado era la radical separación de lo privado -como ámbito de los valores éticos y de la fe- y lo público, asimilado, o más bien, reducido, a lo estatal. Josemaría Escrivá marca -con su pensamiento- una revolución, al afirmar que esos reductos privados deben salir a la luz pública porque son parte del *bonum commune* que es necesario compartir; y que la vida pública es, para el hombre, ámbito de perfección y, para el cristiano, camino de santidad.

Fe y vida pública

En el primer punto, aparece como central el tema de la fe en la vida

⁴ *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, “Amar al mundo apasionadamente”, n. 117.

⁵ *Ibidem*, n. 118.

pública, cuestión que hoy es acuciante debido al pluralismo étnico, cultural y religioso de las sociedades contemporáneas.

El autor insiste en que los cristianos en general y los fieles del Opus Dei en particular, son ciudadanos iguales a los demás; *"nada distingue a mis hijos de sus conciudadanos"*⁶, dice Escrivá.

Ese empeño por afirmar la igualdad radical de cristianos y no cristianos en el espacio público, se explica por el deseo de salir al paso del afán -repetido una vez y otra en la Historia y con signo diferente de acuerdo a las circunstancias- de hacer de la condición de cristiano un título de privilegio o una etiqueta de deshonra.

El primer caso podría ser una situación más o menos común en ambientes católicos de la España franquista; de ahí, que Escrivá alertara a los cristianos a *"no servirse de la Iglesia mezclándola en banderías humanas"*⁷. El segundo caso es el más típico de las sociedades laicistas y secularizadas en las que nos movemos. En ellas, la expresión pública de la fe es mal vista, y los ciudadanos que manifiestan exteriormente sus creencias son considerados potencialmente fundamentalistas. Frente a ese designio de hacer volver a los cristianos *"a las catacumbas"*⁸, de reducir la fe al estrecho ámbito de lo individual, Josemaría Escrivá enseña que la fe, que es el gran tesoro del cristiano, debe ser difundida, compartida, en el espacio público. Ante los graves problemas de la existencia humana el cristiano tiene algo que decir, tiene un modo propio de actuar, que constituye, precisamente, su contribución peculiar al bien común.

Siguiendo, también en esto, la tradición clásica, en la que el ciudadano es distinguido por el discurso y la acción, para Josemaría Escrivá el ciudadano cristiano deberá hablar de su fe, y, sobre todo, actuar como cristiano consecuente: *"Como cristiano tienes el deber de actuar, de no abstenerte, de prestar tu propia colaboración para servir con lealtad, y con libertad personal, al bien común"*⁹. Actuando así, muchos otros, también no cristianos, se sentirán movidos a unírseles en empresas comunes de servicio a los demás, y ello será para el cristiano cauce para llevarlos a la fe.

Así, ante la tentación del aislamiento, a la que algunos cristianos sucumben por temor a perder su fe, o la peligrosísima del fundamentalismo, que lleva a pensar que la fe implica un solo modo posible de cultura, la alternativa es la evangélica: ser "fermento en la masa". Al ser difundida en el espacio público, la fe se hace, necesariamente,

⁶ *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, "Amar al mundo apasionadamente", n. 118.

⁷ *Ibidem*, n. 117.

⁸ *Surco*, n. 301.

⁹ *Forja*, n. 714.

cultura: “Una fe que no se haga cultura -afirma Juan Pablo II-, es una fe no acogida plenamente, no pensada enteramente, no vivida fielmente”¹⁰.

Y esto, en el respeto y amor por las más diversas manifestaciones culturales -que deben preservarse- es elevarse más aún, por la fe. Ser fermento en la masa, en efecto, supone la persistencia de los ingredientes de ésta, pero transformados, enriquecidos, por la acción del fermento¹¹. Josemaría Escrivá resume estas ideas en el punto 302 de *Surco*: “Ésta es tu tarea de ciudadano cristiano: contribuir a que el amor y la libertad de Cristo presidan todas las manifestaciones de la vida moderna: la cultura y la economía, el trabajo y el descanso, la vida de familia y la convivencia social”¹².

La difusión de la fe está, pues, bien lejos de la instauración de una especie de teocracia, de partidos político-religiosos que, a la postre, limitarían la libertad del ciudadano cristiano en todo lo que no es de fe, es decir, en la mayoría de los asuntos humanos. Por ello Josemaría Escrivá insiste en que “el hecho de ser católico no significa formar grupo, ni siquiera en lo cultural e ideológico, y, con mayor razón, tampoco en lo político”¹³.

Adelantándose al Concilio Vaticano II, afirmaba que son los laicos quienes tienen que edificar la “ciudad temporal”, con responsabilidad personal, que implica en cada uno ser fiel a las enseñanzas de la Iglesia y correr con las consecuencias personalmente.

La unidad en la fe no implica defender la misma postura en lo que es opinable. Esas distintas posiciones no son motivo de alejamiento entre unos cristianos y otros, sino que deben fomentar la comprensión y el respeto mutuo. Ese pluralismo en el amplio campo en que los hombres pueden debatir, lleva -también- a que los ciudadanos cristianos se acerquen a sus hermanos no cristianos, con quienes comparten la responsabilidad en la construcción del bien común, y trabajen codo a codo con ellos: “Hay que convivir, hay que comprender, hay que disculpar, hay que ser fraternos”¹⁴, repetía Josemaría Escrivá.

La vida pública como ámbito de perfección

El segundo punto al que quería referirme es el de la vida pública como ámbito de perfección, lugar en el que se desarrollan las virtudes,

¹⁰ Juan Pablo II, cit. en MIGUENS, F., *Fe y Cultura en el Pensamiento de Juan Pablo II*, Palabra, Madrid, 1994, p. 155.

¹¹ MIGUENS, F., 1994, p. 133.

¹² *Surco*, n. 302.

¹³ *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 29.

¹⁴ *Amigos de Dios*, n. 9.

camino, en fin, de santidad. No es casualidad que Santo Tomás Moro, hombre del siglo XVI pero con un perfil tan actual, haya sido escogido por Josemaría Escrivá como intercesor de su Obra.

En la raíz de sus ideas sobre el papel de los cristianos en la vida pública, está su amorosa contemplación de Cristo: *"no cabe olvidar que nuestro Maestro era —ies!—'perfectus Homo', —perfecto Hombre"*¹⁵.

Los cristianos han de imitar ese modelo de hombre perfecto. Y la perfección no es un asunto privado, exclusivamente individual: el hombre se perfecciona, se "hace" a sí mismo en sociedad, en la co-existencia. Por eso, un cristiano que se desentendiera de su entorno, de su ambiente, que no procurara su mejora, no sería verdadero imitador de Cristo.

Todo cristiano tiene, por su condición de ciudadano, un papel en la vida pública, en la vida de su comunidad. Ese papel lo desarrolla a partir de sus circunstancias concretas, pero siempre en el ejercicio de ciertos derechos y en el cumplimiento responsable de ciertos deberes, todo lo cual lo va perfeccionando como hombre y como cristiano. Esto es lo que afirma Escrivá: *"Observa todos tus deberes cívicos sin querer sustraerte al cumplimiento de ninguna obligación; y ejercita tus derechos en bien de la colectividad, sin exceptuar imprudentemente ninguno"*¹⁶.

Ser ciudadano es, pues, para nuestro autor, cumplir, con exquisita caridad, los deberes y ejercitar los derechos inherentes a dicha condición. El Fundador del Opus Dei solía hacer especial hincapié en los derechos, porque se daba cuenta de que la mentalidad dominante, inclinada a dejar todo en manos del Estado, impulsa a los hombres —también a los cristianos— a desentenderse de los afanes de la sociedad en la que viven, y a despreocuparse de ejercitar sus derechos. Se convierten así, sin quererlo, en esclavos del Estado, sin pensar en intervenir para lograr lo que es de estricta justicia: derechos de las familias, libertad religiosa y educativa.

La obediencia a la autoridad legítima, manifestada en el exacto cumplimiento de las obligaciones que marca la ley, debe ser otro rasgo característico del cristiano al actuar en la vida pública. Dice Escrivá: *"Ama y respeta las normas de una convivencia honrada, y no dudes de que tu sumisión leal al deber será, también, vehículo para que otros descubran la honradez cristiana, fruto del amor divino y encuentren a Dios"*¹⁷.

En esa actuación pública, el cristiano encuentra su materia de santificación. Allí vivirá la justicia y la caridad con sus hermanos los demás

¹⁵ Surco, n. 421.

¹⁶ Forja, n. 697.

¹⁷ Surco, n. 322.

hombres, allí desarrollará su espíritu laborioso y diligente, la prudencia en la toma de decisiones, la fortaleza y la magnanimidad para resistir una legislación anti-cristiana o acometer empresas grandes en favor de sus compatriotas.

Ciudadanía y patriotismo

Es preciso, antes de terminar, detenerse en la cuestión de la relación entre ciudadanía y patriotismo. Aragonés de nacimiento, amante de su tierra natal de la que se complacía en destacar sus rasgos típicos —“soy tozudo porque soy aragonés”, solía repetir Josemaría Escrivá— así como en recordar hechos y hombres destacados de su historia, y queriendo entrañablemente a su país, España, su corazón iba más allá: “Ser católico —escribió en *Camino*— es amar la Patria, sin ceder a nadie mejora en ese amor. Y, a la vez, tener por míos los afanes nobles de todos los países. ¡Cuántas glorias de Francia son glorias mías! Y, lo mismo, muchos motivos de orgullo de alemanes, de italianos, de ingleses ..., de americanos y asiáticos y africanos son también mi orgullo. ¡Católico!: corazón grande, espíritu abierto”¹⁸.

Su corazón se abría a la humanidad entera, por el deseo tan grande que tenía de que todos conocieran a Cristo. Repudiaba el nacionalismo, que cierra los ojos a lo bueno que tienen otros países. Escribe en *Surco*: “Ama a tu patria: el patriotismo es una virtud cristiana. Pero si el patriotismo se convierte en un nacionalismo que lleva a mirar con desapego, con desprecio —sin caridad cristiana ni justicia— a otros pueblos, a otras naciones, es un pecado”¹⁹.

El Fundador del Opus Dei veía las diferencias entre las naciones, entre las culturas, como expresiones de la infinita grandeza de Dios, y de la riqueza de la persona humana, capaz de expresarse de modos tan diversos y complementarios. Sabía sacar partido de las virtudes y modos de ser de cada pueblo, y querer a todos con su corazón paternal. Encarecía a sus hijos, que salían a sembrar la semilla del Opus Dei en otros países, que no se enquistaran, que se hicieran verdaderamente ciudadanos del país al que iban, tomando como propios su lengua, su modo de vestir, sus costumbres.

Hoy, en el mundo globalizado, el ciudadano no lo es sólo de una patria sino del mundo. La tarea del ciudadano cristiano no se limitará, pues, a los estrechos límites nacionales, sino que deberá ampliarse a la

¹⁸ *Camino*, n. 525.

¹⁹ *Surco*, n. 315.

comunidad universal. Y cuando, paradójicamente, se contempla el resurgir de los nacionalismos exacerbados, el mensaje de apertura y comprensión de Josemaría Escrivá puede ser una referencia para enfocar esta encrucijada del comienzo del milenio.

El ideal del ciudadano cristiano que plantea en *Surco* se expresa con singular belleza y claridad en este pasaje: *"Para ti, que deseas formarte una mentalidad católica, universal, transcribo algunas características:*

-amplitud de horizontes, y una profundización enérgica en lo permanentemente vivo de la ortodoxia católica;

-afán recto y sano —nunca frivolidad—, de renovar las doctrinas típicas del pensamiento tradicional, en la filosofía y en la interpretación de la historia...;

-una cuidadosa atención a las orientaciones de la ciencia y del pensamiento contemporáneos;

-y una actitud positiva y abierta, ante la transformación actual de las estructuras sociales y de las formas de vida"²⁰.

Por un lado, una fe sólida y profunda, a tono con el nivel de sabiduría humana que cada uno haya adquirido, una fe pensada y arraigada. Por otro, atención a lo valioso de la tradición, viéndolo como eso, una entrega, *traditio*, un don, pero un don vivo, que hay que renovar permanentemente a la luz del desarrollo de la ciencia, del pensamiento filosófico, y atento a los cambios que se producen en la sociedad. Tal programa es, pues, todo lo más opuesto a una mentalidad de cenáculo, o al tradicionalismo estéril. Josemaría Escrivá reivindica el sentido primigenio de lo católico, lo universal, que está lejos de representar una estructura anacrónica, un reducto de tiempos pasados, y menos aún un símbolo de falta de libertad e intolerancia.

Un ciudadano firmemente anclado en la realidad, buen receptor de todos los aportes de la cultura de su tiempo, que trabaja codo a codo con sus conciudadanos —cristianos o no— en la búsqueda diligente y apasionada del bien común, podrá entonces contribuir eficazmente, como repetía el Fundador del Opus Dei, a *"poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades de los hombres"*²¹.

²⁰ *Surco*, n. 428.

²¹ *Forja*, n. 685.